

El cuerpo en psicoanálisis*

SELIKA A. DE MENDILAHARSU,
GRACIELA B. DE SUAYA,
AÍDA FERNÁNDEZ,
ÁNGEL GINES,
JUAN C. NEME y
ENRIQUE PROBST.

14. (Si en una pintura les doy el claroscuro sobre un cuerpo, puedo darles de ese modo su forma.

Pero si les doy las partes más brillantes de una pintura, ustedes no sabrán cuál es su forma.)

J. Wittgenstein (54)

RESUMEN

El trabajo se divide en tres partes: 1) en la primera, se enfoca el problema de la imagen del cuerpo y del cuerpo pulsional; 2) en la segunda, se estudia la relación entre el cuerpo y el lenguaje; 3) en la tercera, se consideran los distintos modos de hablar del cuerpo en la sesión analítica, ilustrando con material clínico.

* Versión revisada del trabajo presentado al XIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis IR 10 de Janeiro, 1980).

Imagen del cuerpo y cuerpo pulsional. Se distingue la imagen del cuerpo o esquema corporal, concepto común a distintas disciplinas inclusive el psicoanálisis, del cuerpo pulsional, concepto exclusivamente psicoanalítico.

Unidos y separados en una irreductible ambigüedad, la imagen del cuerpo y el cuerpo pulsional aparecen como dos centros o polos que fijan la circulación de las palabras que se dicen sobre el cuerpo, cualquiera sea el lugar donde se originan: filosofía, mitología, arte, religión, ciencia, psicoanálisis, etc. Y esa ambigüedad se refleja de un modo ejemplar en los temas comunes, de los cuales se dan algunos ejemplos. Pero también está la ambigüedad en la noción misma de imagen del cuerpo que tiene, sea los caracteres de un hecho fisiológico, sea de un hecho psicológico o psicoanalítico.

Junto a estos cuadros, aparecen otros en los que la personalidad está más ampliamente inmersa en la alteración de la continuidad y unidad del cuerpo (síndromes de negación, delirios somáticos, despersonalización, etc.). El médico, en este caso más precisamente el psiquiatra, deja de jerarquizar el substractum neurológico o neuroquímico, y privilegia la vivencia, el relato, y aun puede destacar la importancia de la historia: la subjetividad está en juego', pero limitada a la conciencia.

Es con Freud y con el desprendimiento del racionalismo de la tradición filosófica clásica y de sus desarrollos humanísticos de los siglos XVIII y XIX que surge el cuerpo pulsional, cuerpo erógeno, sexual, que Freud describe en los "Tres Ensayos", atribuyendo la erogeneidad a todas las partes del cuerpo, incluidos los órganos internos (1905-1915).

Se analiza el rol de la pulsión de muerte, el otro componente del par que Freud aísla en el cuerpo pulsional. La pulsión de muerte como componente silencioso del par pulsional está desde luego actuando en la imagen del cuerpo, manteniendo entre otras cosas la inmovilidad de las imagos identificatorias.

Cuerpo y lenguaje. La imagen del cuerpo no puede ser aislada de las experiencias del lenguaje, ni en sus organizaciones actuales ni en su génesis. Freud descubrió muy tempranamente la relación cuerpo-lenguaje.

Después de Freud el problema cuerpo-lenguaje preocupa a muchos autores: Ferenczi, Jones, Abraham, para citar solamente a los más destacados. H.

Segal en 1957 amplía y sistematiza la perspectiva kleiniana de la teoría de la simbolización. Distingue la ecuación simbólica del verdadero símbolo.

En la teoría de Lacan los simbolismos sociocultural y lingüístico se imponen con sus estructuras, como órdenes ya constituidos, antes de la introducción del infans. El orden simbólico del lenguaje o de la organización social es un orden de significantes ligados por leyes. *De la entrada en este orden depende el surgimiento del sujeto.*

En este trabajo proponemos acercarnos mejor al lenguaje de H. Segal si partimos del signo en el sentido de Saussure, llamando denotación o función referencial a la relación entre el signo y el referente (distinta de la significación y ésta a su vez distinta de la aparición de la imagen mental en el usuario de los signos). La ecuación simbólica no sería un verdadero signo en el sentido saussuriano: falta la distancia entre el signo y el referente, el signo funcionaría como parte de la cosa, del objeto (signo icónico en el sentido de Peirce, cualidad, semejanza). Con el alcance de la posición depresiva se establece esta distancia con el referente: la ausencia de la cosa es necesaria para el funcionamiento del signo como tal, en el sistema de la lengua. En este momento el signo funciona en el nivel de la simbolización en el sentido de Peirce, no sólo por moverse en el campo de la ausencia, sino porque el símbolo (la palabra) se refiere a algo por la fuerza de una ley.

Por último, y como procedimiento operativo en esta etapa del trabajo, se plantean los problemas dentro del contexto clínico de la palabra en la sesión analítica. Tomando la distinción de Mc Dougall de tres cuerpos, se consideran tres discursos posibles:

- el discurso del cuerpo neurótico,
- el discurso del cuerpo psicosomático,
- el discurso del cuerpo psicótico.

I. IMAGEN DEL CUERPO Y CUERPO PULSIONAL

Unidos y separados en una irreductible ambigüedad, la imagen del cuerpo y el cuerpo pulsional aparecen como dos centros o polos que fijan la circulación de las palabras que se dicen sobre el cuerpo, cualquiera sea el lugar donde se originan: filosofía, mitología, arte, religión, ciencia, psicoanálisis. Y esa ambigüedad de lo que se inscribe en el registro del cuerpo, se refleja de un modo ejemplar en los temas comunes. Así, por ejemplo, las grandes epidemias de posesión demoníaca de la Edad Media, las célebres coreas epidémicas (locura religiosa, danza de San Juan) o la posesión de las Ursulinas en el siglo XVI, atribuidas alternativamente al diablo, a los demonios, al favor celeste o al Espíritu Santo, pasan, en los finales del siglo XIX, al discurso médico de Charcot (6), con el nombre de Grande Hystérie (ataque de contorsión o demoníaco, ataque de éxtasis, de letargia, de sonambulismo). En la misma forma, el tema del doble, insertado por un lado en las estructuras psicopatológicas de la psiquiatría, es tomado, por otro, por la literatura del siglo XIX: Hoffmann, Dostoievski, Poe, Maupassant...; Freud (14, 19) retoma ambos temas, muy temprano en la historia del psicoanálisis, con los célebres nombres de Emmy, Lucy, Katharina, Elisabeth (Studien über Hystérie) y mucho más tarde con Coppélius, Coppola, Nathaniel y Olimpia (Das Unheimliche).

Pero también está la ambigüedad en la noción misma de imagen del cuerpo que tiene, sea los caracteres de un hecho fisiológico, sea los de un hecho psicológico o psicoanalítico. Esa imagen del cuerpo //somatopsiché de Wernicke (52), somatognosia de Pick (43), esquema postural o modelo del cuerpo de Head (26)// está construida sobre un substractum nervioso formado por las sensibilidades intero y exteroceptivas y sus áreas de proyección primarias y secundarias en el cortex. Ese es el "modelo del cuerpo" //Head (26)//, táctil, visual y sobre todo postural, que se altera en el curso de las lesiones neurológicas dando origen a alteraciones limitadas de tipo

hemiasomatog-nósico, anosoagnosia, etc. Es el cuerpo del discurso neurológico, donde si bien se señala la vivencia, la ruptura de la experiencia subjetiva, el médico no deja de privilegiar la lesión neurológica y sus esfuerzos están dirigidos a objetivar ese compromiso. Como dice Bion (4), el médico depende de la comprobación de la experiencia sensorial: ve, toca y huele.

Junto a estos cuadros, aparecen otros en los que la personalidad está más ampliamente inmersa en la alteración de la continuidad y unidad del cuerpo (síndromes de negación, delirios somáticos, despersonalización, etc.). El médico, en este caso más precisamente el psiquiatra, deja de jerarquizar el substractum neurológico y privilegia la vivencia, el relato, y aun puede destacar la importancia de la historia: la subjetividad está en juego, pero limitada a la conciencia.

Es con Freud y con el desprendimiento que el racionalismo hace de la tradición filosófica clásica y de sus desarrollos humanísticos de los siglos XVIII y XIX, que surge el cuerpo pulsional. Cuerpo sexual, cuerpo erógeno que Freud (16) describe en los Tres Ensayos: "... los órganos del cuerpo brindan excitaciones de dos clases basadas en diferencias de naturaleza química. A una de estas clases la designamos como específicamente sexual y al órgano afectado como 'la zona erógena' de la pulsión sexual que arranca de él". Y en nota al pie de página, agrega en 1915: "Posteriores reflexiones, así como la aplicación de otras observaciones, me llevaron a atribuir las propiedades de la erogeneidad a todas las partes del cuerpo y a todos los órganos internos."

Schilder (47), aceptando de la teoría analítica solamente el rol de la libido ("... el aspecto creativo, constructivo de las fuerzas psíquicas..."), dice que la pulsión libidinal tiene un rol unificador en la imagen del cuerpo. Formula principios que se refieren a la estructura libidinal de la imagen del cuerpo que no son más que una extensión de las propias formulaciones freudianas. Dibuja una anatomía del cuerpo libidinal diferente de la anatomía del cuerpo biológico, y dice que la afectividad tiene por efecto cambiar el valor relativo y la nitidez de las diferentes partes del cuerpo en función de las tendencias libidinales. Esos cambios pueden concernir a la superficie del cuerpo pero también a las partes internas del mismo. Lo que ocurre en un lugar puede ser traspuesto a otro. Una parte del cuerpo puede simbolizar a otra: la nariz y las partes salientes pueden ser símbolos del órgano sexual masculino; las cavidades y orificios, vagina, ano, boca, orejas, etc. son fácilmente intercambiables. También señala

aspectos de la génesis de esta imagen, que no es un fenómeno estático sino que se elabora y estructura por un contacto renovado perpetuamente con el mundo exterior, a partir de las experiencias que aportan los actos y las actitudes de los otros. La unidad emocional del cuerpo está, para Schilder, en íntima relación con el pleno desarrollo de las relaciones de objeto en el complejo de Edipo. Las prevalencias de tendencias sadomasoquistas trae una dislocación del modelo postural. Igualmente la angustia puede llevar a un desmembramiento profundo de todo el cuerpo.

Este cuerpo, que Tiene que ver con la imagen, la totalidad, en íntima relación con las fuerzas de cohesión libidinal, es el cuerpo al que se refiere Freud (17), en 1914, cuando introduce el narcisismo. En ese trabajo la imagen visual de la amiba refuerza lo dicho anteriormente. El yo es el reservorio de la libido narcisista –dice en ese momento–, de donde parten las investiduras de objeto. El yo es un yo corporal, agregará más tarde en *El Yo y el Ello* (21).

El desarrollo y maduración de las estructuras neurofisiológicas permiten una individuación entre los datos intero y exteroceptivos. Cuerpo externo y cuerpo propio están primero confundidos. Ciertas partes son aprehendidas como formando parte del yo más tempranamente, pero la noción de un todo corporal, de una unidad, de una forma, organizada y permanente, es tardía.

Con respecto a la génesis de esta imagen en el curso del desarrollo, sólo se mencionarán aquí algunos procesos que tienen que ver con el alcance o logro de la unidad corporal. No se encara su vínculo con el Yo dentro de una teoría de las representaciones, ni de una teoría de las funciones, sino dentro de lo que podría llamarse la matriz de las identificaciones.

Wallon (51) señala en 1934: “Una contraprueba que muestra con perfecta nitidez por qué grados y dificultades debe pasar el niño antes de llegar a reducir en una intuición de conjunto todo aquello que se refiere a su personalidad física, es su manera de reaccionar, según sus diferentes edades, en presencia de su imagen en un espejo.” Cita también observaciones de Preyer (44) en el niño y en los animales frente al espejo. Wallon describe minuciosamente las actitudes del niño, en el curso del desarrollo, ante a imagen especular de sí mismo y de otros. La imagen visual exteroceptiva que el espejo le da de sí mismo es el complemento y figuración natural de su yo exterior y activo. La representación del propio cuerpo, en la medida en que existe, agrega, sólo puede formarse exteriorizándose. “El conocimiento que

hace de su imagen en el espejo es para el niño un procedimiento más o menos episódico entre aquellos que le sirven para entrar gradualmente, a él y a sus pertenencias más inmediatas, en el número de las cosas y las personas cuyos rasgos de identidad fijó progresivamente, de manera de considerar a sí mismo como un cuerpo entre los cuerpos, como un ser entre los seres.”

Lacan (33) denomina “estadio del espejo” al momento genético en que el niño llega a la unificación de su cuerpo, justamente a partir de la presencia del otro. La representación de unidad, a la vez física y mental del yo, sólo se obtiene por identificación con el otro, insiste Lacan (34), señalando el rol de la imago en la relación psíquica. El sujeto se disuelve en la imagen del otro, al mismo tiempo que se encuentra en una existencia autónoma propia, independiente de una estructura objetiva. En este momento genético, verdadero momento estructural, que es para Lacan (33) “el estadio del espejo”, los datos propioceptivos dispersos e incoordinados en virtud de la prematuración específica del nacimiento en el hombre, llegan a la unificación constituyéndose en una imagen que es asumida jubilosamente por el ser “... sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio infans...” Se percibe entonces en esa imago, como forma humana, en la que reconoce él mismo, junto con el otro, el sentimiento de ser uno, pero mezclado con el otro (alienado con el otro). Identificación e imago para Lacan (33) son fenómenos biológicos (en esto coincide con Schilder), que siguen las leyes de la Gestalt y que se encuentran en la etología: “Que una Gestalt sea capaz de efectos formativos sobre el organismo es cosa que puede atestigüarse por una experimentación biológica...” Y, como Schilder, señala el rol dominante, en la edificación de la imagen de sí, de la visión y de las representaciones visuales.

Geza Rôheim (45), en su libro *Spiegelzauber* (Magia del espejo), había descrito muchos años atrás (1919) costumbres y rituales que comportan un espejo: ritos del niño en el espejo, magia del amor y el espejo, supersticiones, el espejo roto, etc.

También Elkisch (9) en 1957 hace hincapié en el rol del espejo en las religiones místicas, el folklore, los cuentos de hadas y mitos, y en su uso por parte de escritores y poetas.

Lichtenstein (38) hace alusión al investimento libidinal de parte de la madre, en lo que concierne al niño, como una experiencia de espejo. Esa

función de espejo no debe ser entendida, para el autor, en términos de percepción visual sino de reflejo a través del tacto, del olfato y de otras sensaciones primitivas. Lo que emerge en ese espejo, confusamente, por lo menos al comienzo, no es un objeto de amor primario, sino los contornos de la propia imagen del niño en tanto que es reflejada por las necesidades inconcientes de la madre, que conciernen al niño. En esa experiencia primaria, arcaica, “de reflexión”, emerge una identidad primaria que se puede llamar narcisista, que actuará como un principio de organización primaria para el proceso de diferenciación posterior.

Winnicott (53) postula que en el desarrollo emocional del individuo el precursor del espejo es el rostro de la madre. Este adquiere importancia por cuanto lo que el niño ve en el rostro de la madre es a sí mismo, el rostro refleja lo que en él ve. Si el rostro de la madre cumple esta función, el bebé, respetado en su legítima experiencia de omnipotencia, puede sentir que el objeto que se le presenta es un objeto subjetivo, creado por él. Esta ilusión permitida por la capacidad de la madre para adaptarse a las necesidades de su hijo, permite la creación de objetos o fenómenos transicionales que son la base de la iniciación de la experiencia y del sentimiento de existir, puesto que si mira y se ve, es que es mirado y por lo tanto existe. Si el rostro de la madre no responde, “un espejo será entonces algo que se mira, no algo dentro de lo cual se mira”.

Los autores citados anteriormente coinciden en la necesidad absoluta e imprescindible de la presencia del otro para lograr la unidad y síntesis de la imagen corporal. Pero tanto Lichtenstein como Winnicott ponen el énfasis categóricamente en la madre y en el amor que está implícito en la actitud de la misma: en el primero, permitiendo directamente la emergencia de una identidad primaria; en el segundo, por medio de la creación de objetos y fenómenos transicionales. La distorsión de esos “momentos genéticos”, cuyo rol estructurante es básico en la historia del individuo, deja marcas muchas veces irreductibles y definitivas bajo la forma de líneas de fragmentación que amenazan de continuo la unidad yoica. Un narcisismo trófico o normal es necesario no sólo para la cohesión y unidad de la imagen corporal, sino para alcanzar identificaciones estables.

Hasta ahora hemos seguido el único juego de las pulsiones libidinales. Nada hemos dicho del otro componente que Freud aísla en el cuerpo pulsional: la pulsión de muerte. Es verdad que Freud (20) introduce este concepto

tardíamente (1920) después de su escrito princeps sobre el narcisismo (1914). Schilder, como hemos visto, sólo habla de un narcisismo *de vida* y guarda silencio sobre el narcisismo *de muerte* //Creen (25)//, el retorno del principio de inercia del Proyecto, bajo la forma del principio del Nirvana con la abolición de las tensiones a 0.

Es verdad, también, que Freud (20) ya advierte la dificultad de encontrar representantes de esta pulsión: “Hallar un representan*? del Eros no puede provocarnos perplejidad alguna; en cambio nos contenta mucho pesquisar en la pulsión de destrucción, a la que el odio marca el camino, un subrogado repulsión de muerte, tan difícil de asir.”

La pulsión de muerte como *componente silencioso* del par pulsional, actúa desde luego en la imagen del cuerpo, manteniendo entre otras cosas la inmovilidad de las imagos identificatorias. Sabemos cuánta agresividad (intrincación, mezcla de las pulsiones) se libera en el curso del tratamiento cuando se movilizan algunas de esas identificaciones a las que adhiere el paciente y cuánto sufre por el desmoronamiento de sus bases narcisistas.

El yo, dice Lacan (32), está desde el origen marcado con una relatividad agresiva, porque el individuo se fija a una imagen que lo enajena a sí mismo y lo erige bajo el signo de la competencia agresiva.

La pulsión de muerte en la teorización kleiniana (instinct) es un concepto imprescindible para describir el mundo fantasmático que se descubre en el análisis de los niños. Sabemos de ese juego de la pulsión de muerte por los sueños y fantasías donde aparece el cuerpo objetivado en imágenes de animales con bocas devorantes que trituran, desgarran, arrancan, con heces que ensucian y orina que inunda. También son innumerables las imágenes del cuerpo fragmentado que se observan en ciertos niveles regresivos del análisis y que muestran la intervención de la pulsión de muerte en su función de destrucción. En uno de los ejemplos clínicos que citamos más adelante es posible evocar la acción de la pulsión de muerte, esta vez en el cuerpo desintegrado de un estado psicótico.

II. CUERPO Y LENGUAJE

La imagen del cuerpo no puede ser aislada de las experiencias de lenguaje, ni en sus organizaciones actuales, ni en su génesis. Freud descubrió muy

tempranamente la relación lenguaje-cuerpo. De toda la obra freudiana y de las infinitas referencias al lenguaje que contiene (desde su libro “Uber Aphasie” en 1891, hasta “Die Verneinung” en 1925) el texto donde la relación cuerpo-lenguaje está ampliamente teorizada es desde luego “Studien über Hysterie” (14). Un tiempo atrás había mostrado que los síntomas somáticos en la histeria no tenían una distribución que correspondiera a la sistematización neurológica. Una anatomía fantaseada sustituía a la anatomía de los neuroanatomistas y Freud (12) se aplicó a la distinción de las parálisis orgánicas e histéricas. El caso de la Sra. Cäcilie M. le dio oportunidad de reunir una verdadera colección de simbolizaciones, como él las denomina. Dice Freud (14): “Toda una serie de sensaciones corporales que de ordinario se mirarían como de mediación orgánica, eran en ella de origen psíquico, al menos estaban provistas de una interpretación psíquica. Una serie de vivencias iban acompañadas en ella por la sensación de una punzada en la zona del corazón. (‘Eso me dejó clavada una espina en el corazón’.) El dolor de cabeza puntiforme en la histeria se resolvía en ella inequívocamente como un dolor de pensamiento. (‘Se me ha metido en la cabeza’.) Y el dolor aflojaba (losen) cuando se resolvía (losen) el problema respectivo. La sensación del aura histérica en el cuello iba paralela a este pensamiento: ‘Me lo tengo que tragar’, cuando esta sensación emergía a raíz de una afrenta. Había una íntegra serie de sensaciones y representaciones que corrían paralelas, y en la cual ora la sensación había despertado a la representación como interpretación de ella, ora la representación había creado a la sensación por vía de la simbolización; y no pocas veces era por fuerza dudoso cuál de los dos elementos había sido el primario.” Y continúa: “Al tomar literalmente la expresión lingüística, al sentir ‘la espina en el corazón’ o la ‘bofetada’, a raíz de un apostrofe hiriente como un episodio real, ella no incurre en abuso de ingenio (Witzig) sino que vuelve a animar las sensaciones a las que la expresión lingüística debe su justificación.” Y concluye: “... la histeria acierta cuando restablece para sus invenciones más intensas el sentido originario de la palabra.”

Esta cita, algo extensa, se justifica porque Freud usa aquí el término simbolización en el sentido de conversión simbolizadora. Pero en su forma sustantiva, la simbólica (die Symbolik), en Freud (15) es una categorización de fenómenos en los que la analogía del significado lleva a la utilización de significantes diferentes. Son símbolos de significación constante, sobre los

cuales el paciente no puede dar cadenas asociativas, son mudos y simbolizan esencialmente lugares del cuerpo sexuado. Están hechos de una vez y siempre prontos para ser utilizados: son símbolos universales ya preparados, que hacen plantear a Freud su hipótesis filogenética y que podríamos considerar transculturales.

Después de Freud, el problema cuerpo-lenguaje preocupa a varios autores: Ferenczi (11), Jones (27), Abraham (1), para citar solamente a los más destacados. Melanie Klein (28) en “Estadios tempranos del conflicto edípico” dice: “La temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo es muy importante para todo el desarrollo mental. Este instinto, activado por el surgimiento de las tendencias edípicas, está al principio en relación con el cuerpo de la madre, al que supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales.” Y más tarde, en 1930 (29), señala que “Como el niño desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que *equipare* dichos órganos con otras cosas; debido a la equiparación éstas a su vez se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas *ecuaciones* que constituyen la base del interés en nuevos objetos y del simbolismo. Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general.” Y más adelante agrega: “Una cantidad suficiente de angustia es la base necesaria para la abundante formación de símbolos y de fantasías...”

H. Segal (48), en “Notas sobre la formación del símbolo”, en 1957 amplía y sistematiza la perspectiva kleiniana de la teoría de la simbolización. Las primeras proyecciones de partes de sí mismo y las identificaciones constituyen los comienzos del proceso de formación de símbolos, pero éstas no son sentidas por el Yo como símbolos o sustitutos sino como el objeto original mismo. Son ecuaciones simbólicas. En la ecuación simbólica, el símbolo es sentido como el objeto original. Las propiedades del sustituto no son reconocidas ni admitidas. La ecuación simbólica se usa para negar la ausencia del objeto ideal o para controlar a un objeto perseguidor. El símbolo propiamente dicho, disponible para la sublimación y promotor del desarrollo del Yo, es sentido como representando el objeto y no se usa para negar sino para superar la pérdida.

En Bion (4,5), los pensamientos primitivos son los elementos alpha (línea C de la tabla), que en el adulto corresponden al pensamiento inconciente de la vigilia, a los pensamientos oníricos y a los mitos. El aparato para pensar pensamientos se puede desarrollar a partir del momento en que el niño puede tolerar la ausencia del pecho (el no-pecho) y posteriormente esta ausencia podrá estar representada por el nombre.

En la teoría de Lacan (31), los simbolismos sociocultural y lingüístico se imponen con sus estructuras, como órdenes ya constituidos, antes de la introducción del "infans". El orden simbólico del lenguaje o de la organización social es un orden de significantes ligados por leyes. De la entrada en este orden depende el surgimiento del sujeto. Al cuerpo se refiere Lacan (35), más explícitamente, cuando dice: "La palabra en efecto es un don del lenguaje y el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo. Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto; pueden preñar a la histérica, identificarse con el penis-neid, representar el flujo de orina de la ambición uretral o el excremento retenido del gozo avaricioso" y agrega que las palabras pueden sufrir las lesiones simbólicas y cumplir los actos imaginarios de los que el paciente es el sujeto (por ejemplo, Wespe castrada de su W inicial, etc.). El discurso puede tomar entonces una función fálico-uretral, erótico anal o sádico-oral.

Finalmente, otros autores, siguiendo la tesis de Anzieu (2) de que todo código deriva del cuerpo, sostienen que el símbolo, y en particular la palabra, ocupan un espacio intermedio entre la subjetividad del deseo (el cuerpo) y la objetividad del código: el acto de la palabra es la metáfora del objeto corporal, que puede hipostasiarse en la vacuidad del signo o reducirse al objeto corporal. En la imago corporal estaría el origen estructurante de todo sistema semiótico //Gori (24)//.

¿Qué extraer de esta reseña?

1) Por un lado, es indudable que existe un problema semántico con respecto a la utilización del término símbolo, que ya comienza con Freud (14, 15). Este hecho no es exclusivo de la literatura psicoanalítica.

2) Que no hay una verdadera teoría psicoanalítica del lenguaje. Lacan (31) mismo, que postula que el lenguaje es la condición del inconciente, no

conceptualiza con miras a una teoría psicoanalítica del lenguaje, sino a una teoría del inconciente. Su lingüística es calificada por él mismo como lingüística. El psicoanálisis no ha alcanzado, en la teorización de la adquisición y estructura del lenguaje, un nivel equivalente al logrado, por ejemplo, por los psicolingüistas de la Escuela de Piaget, dentro de la teoría de la conciencia propia del constructivismo genético piagetiano. En cambio hay valiosos trabajos que se refieren a la articulación entre la semiótica y el psicoanálisis, encarados sobre todo desde el punto de vista de los desarrollos que trae la semiótica para el psicoanálisis. En esta línea están los trabajos argentinos de Liberman (37), Maldasky (39), Gear y Liendo (23), Berenstem (3) y otros.

En Francia es el grupo Kristeva (30) sobre todo el que en los últimos años ha estudiado el lenguaje psicótico desde esta doble perspectiva, señalando también los límites para ambas ciencias.

1) La imagen que se ha ido construyendo y unificando, según lo desarrollado en páginas anteriores, en la fase del espejo, en íntima relación con la imagen del otro (la madre), es la estructura básica de la identificación primaria o narcisista. Sus características proyectivas y especulares dan cuenta que en ella el deseo del otro sea el propio deseo. Pero esa imagen como núcleo del Yo va a mantener su presencia de traza más allá de la desaparición del otro (la madre), sólo cuando entra en juego la función simbólica, esencialmente el lenguaje como evocación de objetos ausentes. Desde entonces la representación existe en sí, sin el soporte de una percepción simultánea: el nombre engloba la representación que se apoyaba sobre la imagen.

Proponemos partir, con la finalidad de articular lenguaje y cuerpo, del signo en el sentido de Saussure (46), llamando denotación o función referencial a la relación entre el signo y el referente, distinta de la significación y ésta, a su vez, distinta de la aparición de la imagen mental en el usuario de los signos (8). Distinguimos distintas posibilidades:

Primera eventualidad: el signo y el referente continúan en alguna forma ligados. El signo sigue formando parte de la cosa que en este caso es el cuerpo, o mejor dicho partes de él, objetos parciales. El funcionamiento del signo en este nivel, por su comportamiento no discriminativo entre la representación del objeto y el objeto puede aproximarse al funcionamiento icónico o aun al índice en semiótica, el primero exhibiendo la misma cualidad o la misma configuración de cualidades que el objeto denotado y el segundo

encontrándose en continuidad con el objeto denotado. Este sería el nivel del funcionamiento del signo que está en la base de la ecuación simbólica kleiniana, que como dice Segal (48) no son sentidos por el Yo como sustitutos sino como el objeto original mismo. //Segal (48) emplea, como Klein (29), la palabra símbolo.// Encontramos en este nivel las leyes que rigen el proceso primario, condensación y desplazamiento.

Segunda eventualidad: el signo funciona como tal en un sistema regido por leyes que son las de la lengua, en el campo de la ausencia. La referencia al cuerpo está “olvidada”. Correspondería en semiótica al tercer nivel del signo de Peirce (42), que éste denomina símbolo, y al verdadero signo en el sentido de Saussure (46). Este segundo nivel pertenece al lenguaje representativo y comunicativo, ligado al preconciente-conciente. El primero constituiría otro texto, otro lenguaje, más propiamente inconciente pero que sólo conocemos a través de las lagunas del lenguaje conciente. Las leyes que rigen en el sistema son las del proceso secundario. Con este modelo se puede mostrar cómo el funcionamiento inconciente se articula con el lenguaje, sus leyes de funcionamiento, aun cuando el inconciente permanezca inaccesible. Dice Freud (22) en 1938: “Hemos hallado el recurso técnico para llenar las lagunas de nuestros fenómenos de conciencia... Por este camino inferimos cierto número de procesos que en sí y por sí son ‘no discernibles’, los interpolamos y cuando decimos, por ejemplo, ‘Aquí ha intervenido un recuerdo inconciente’, esto quiere decir: Aquí ha ocurrido algo por completo inaprehensible para nosotros pero que si hubiera llegado a la conciencia sólo habríamos podido describirlo así y así.”

III. COMO HABLA EL CUERPO

Un procedimiento operativo en esta etapa del trabajo puede ser plantear los problemas dentro del contexto clínico de la palabra en la sesión analítica.

Tomando de McDougall (41) la distinción de tres cuerpos, consideramos tres discursos posibles:

- 1) El discurso del cuerpo neurótico.
- 2) El discurso del cuerpo psicósomático.
- 3) El discurso del cuerpo psicótico.

1. Por razones de tiempo dejaremos de lado el discurso neurótico, conformándonos con los ejemplos citados anteriormente de Freud (14) en sus pacientes histéricas. En la histeria el cuerpo es un cuerpo simbolizado. El síntoma histérico está en el lenguaje y se resuelve en un análisis del lenguaje. Este cuerpo donde rige la conversión es el cuerpo del cual Schilder (47), como ya hemos dicho, dibujó la anatomía libidinal.

2. Del cuerpo psicósomático, es dudoso que pueda decirse que realmente habla en la sesión. Es de conocimiento general que la somatización psicósomática difiere de la histérica. En ella se ha descrito una disociación entre la psiquis y el cuerpo que es primaria para algunos (opinión que compartimos) o secundaria a clivajes para otros.

Tanto en el Manuscrito G como en el E Freud sostiene la existencia de un grupo de "ideas" en el cual la tensión física sexual entra en contacto y que tiene que elaborar dicha tensión y resolverla psíquicamente (grupo sexual psíquico G. ps., ps. G.). Este grupo puede estar insuficientemente desarrollado (es una de las posibilidades que considera) y entonces la tensión física permanece y se descarga en la vía física. En la Neurosis de Angustia (1895) dice Freud que los grupos de representaciones a los que ha de **enlazarse** la excitación somática no están desarrollados (angustia virginal).

El modo de ubicarse en el campo rotacional (psiquis-cuerpo) constituye la originalidad de la enfermedad psicósomática y es en ella donde se plantean siempre con más urgencia las relaciones entre la res extensa y la cogitatio. El cuerpo en juego en la enfermedad psicósomática, los sistemas o funciones que intervienen en cada una de ellas, es el cuerpo real orgánico, con sus aparatos y

sistemas que corresponden a la anatomía y fisiología médicas (aparato digestivo, piel, aparato respiratorio esencial mente) y no a la anatomía libidinal de la histeria que es propia de un cuerpo representado.

La teoría económica de la transformación psicósomática de Marty y col. (40, 10) está fundada sobre el concepto de un bloqueo en la capacidad de representar o de elaborar las demandas pulsionales que el cuerpo hace a la psiquis. El conflicto no tiene representación mental y no existe, por lo tanto, posibilidad de reprimirlo. El síntoma esta desprovisto de sentido. En la enfermedad psicósomática se presentan trastornos o más exactamente una insuficiencia en los procesos de mentalización. La vida fantasmática parece ser muy pobre, atrofiada o inexistente y la vida psíquica se caracteriza, ante todo, por lo que Marty y col. (40) denominan pensamiento operatorio, que se adhiere a la realidad concreta de la que no puede desprenderse, incapaz de recurrir a la imaginación, la fantasía, la ensoñación. En esta perspectiva los conflictos no pueden tener más que un aspecto directamente materializado y no son vividos, en todos los casos, como verdaderos procesos psíquicos.

McDougall (41) enfatiza, junto a la concepción precedente, las investigaciones efectuadas por autores americanos, que formulan el concepto de alexitimia, que como su nombre lo sugiere tiene referencia a la incapacidad del sujeto de nombrar sus estados afectivos o de describir su vida emocional. Sifneos (49) atribuye esta carencia aparente a un trastorno en la simbolización lingüística. Una falta a nivel simbólico conducirá en las situaciones de conflicto psicológico, a una cierta incapacidad para reflexionar sobre sí y sobre la relación yo-mundo.

La razón de ser de tal funcionamiento psíquico conduce a la búsqueda concerniente a los avatares de la representación, así como a las transformaciones del afecto escindido de la representación. En la patología psicósomática el problema de las representaciones del cuerpo y de la captación de los representantes pulsionales afectivos, como respuesta a los conflictos psíquicos, reenvía a los procesos psicobiológicos de naturaleza primitiva y preverbal, a fenómenos que no han podido transformarse en auténticamente simbólicos y capaces de representación psíquica.

Valabrega (50) piensa que toda esta teoría evoca una psicología pre-analítica: la existencia de un pensamiento sin fantasías es poco sostenible para la teoría analítica. Invoca la noción freudiana del “nachträglich” para descalificar

la afirmación de los psicosomatistas de que el síntoma está desprovisto de sentido.

El problema de si existen afecciones carentes de simbolización ha sido discutido en la literatura psicoanalítica//Laplanche (36), Chiozza (7), entre otros//. No se puede excluir del determinismo simbólico por una parte el conflicto como real, y por otro el síntoma, inscrito en el cuerpo. Esta es la posición del paciente y el psicoanalista no puede adherirse a ella.

El esfuerzo terapéutico consistirá en “neurotizar”, volver a dar carácter simbólico a lo excluido de la vida psíquica. De todos modos no es lo mismo simbolizar lo que ha sido secundariamente excluido de la vida psíquica que simbolizar algo que no ha sido simbolizado anteriormente: en las conversiones histéricas las dificultades terapéuticas son de otra naturaleza que en las somatizaciones psicósomáticas.

3. Otro modo de hablar del cuerpo que plantea complejos problemas metapsicológicos, es el discurso del cuerpo psicótico. Elegimos tres situaciones de las que solamente esbozamos la interpretación, para dar lugar a la discusión posterior.

Caso 1.

El primer caso es el de una paciente que muestra la capacidad de cambiar la forma y naturaleza de su cuerpo y del otro, creando una nueva realidad delirante.

Es una mujer de 27 años, que consulta por experiencias vividas en su cuerpo, particularmente cambios bruscos en el tamaño de los brazos, sentidos como muy largos o muy cortos, dificultades sexuales, frigidez y esterilidad. Al anunciarle una suspensión de las sesiones por un breve período, responde faltando y luego, en la sesión a que concurre, dice que tiene un gran dolor en el vientre y que piensa consultar porque una medicación que estaba tomando, con seguridad la envenenaba. “Me duele aquí, tengo como un agujero que me arde”. Al retomar el análisis, 10 días después, viene con un largo poncho y se tiende en el diván diciendo: “Bueno, estoy embarazada... Ahora no me importa, en realidad no sé si quiero tener un hijo, creo que no, es por la gente y por mi hermana que me dice que tenga... Lo que me preocupa es cómo me creció todo el cuerpo, mire cómo estoy (se palpa el vientre y los pechos). Parece que

voy a reventar, deben ser 5 meses, no sé... por el tamaño... Siento una gran tensión en todo el cuerpo, como si me lo estiraran... no sé". Y posteriormente agrega: "Estoy embarazada. Lo descubrí cuando al día siguiente de la última sesión, soñé que usted estaba muerta. Esa noche me desperté muy mal, los brazos estaban muy largos, muy largos, me dio mucho miedo. Después, no sé, cuando me desperté de mañana sentí mi cuerpo muy hinchado y sobre todo aquí (se toca el vientre) algo se movía adentro... Además la seguía viendo muerta... la piel se puso amarilla aquí. Se ablandó en algunas partes, en otras está estirada, me duelen los músculos."

El anuncio de la suspensión de las sesiones es introyectado oralmente (medicación que envenena) y los sentimientos dolorosos, intolerables para la mente, que podría provocar, son ubicados en el cuerpo como dolor en el vientre, agujero en la carne. Luego, al retomar el análisis, aparece cómo en su proyección delirante se ha lanzado sobre su analista, de modo violento e incontrolado, provocando su muerte. El retorno de la proyección psicótica, al introducirse también violentamente en su cuerpo, lo transforma, hinchándolo, cambiando no sólo la forma sino el color (el color amarillo es el color de los muertos). Se borra la distinción entre ella y la analista (¿dónde ubicar al muerto?). Los límites de su cuerpo fluctúan, cambian, desaparecen en el uso de la capacidad transformante propia de su narcisismo. No hay límites para el narcisismo que juega con las imágenes del cuerpo, las fusiona con el cuerpo del otro, las superpone, las traslada, habita el interior del otro o el otro habita en su interior.

Caso 2.

Un paciente de 21 años consulta por dificultades sexuales, impotencia (por interrupción de la erección en el momento de proceder a la introducción). La masturbación, que se acompaña de fantasías incestuosas, es temida y evitada parcialmente porque “enseguida **de acabar** el pito se infla... se pone como una berenjena que va a explotar”. Refiere por primera vez esta “percepción” al año y medio de tratamiento luego de una masturbación que relata con alivio porque no se acompañó de tal “percepción”, ni de fantasías incestuosas. Dice “¡Qué fuerza tiene la psiquis para que me provocara una deformación así en el miembro!”. No duda con respecto a la realidad del síntoma y dibuja sus “percepciones” en un papel: una deformación esférica entre el surco balano-prepucial y la implantación del pene, teniendo a éste como eje. En el período que sigue a la desaparición del síntoma, tiene un conjunto de sueños a los que llama “carnicerías” que tienen que ver con lesiones corporales: “Unos vampiros, come-carne, me persiguen para destrozarme y comerme... mis heridas sangran, sobre todo la pierna con la carne para afuera... aparece una persona fornida con un cuchillo romo o un hacha para cortarme la pierna pero yo la ahuyento.” Y: “Desde un helicóptero se larga un ser, como un astronauta, inflado; yo lo reviso, se desinfla, no tiene nada adentro; entre las piernas hay un perro todo cortado, sin cabeza, ni miembros.”

En esta observación la vivencia alucinatoria con respecto a su órgano genital es un fenómeno de orden psicótico. El “acabar” significaba desde luego la castración y desaparición de su pene: en su lugar la imagen del órgano inflado lo reasegura en cuanto a la **presencia** pero de todos modos corre el riesgo de explotar y desaparecer. Difiere de la alucinación **negativa** del Hombre de los Lobos por su carácter **positivo**, pero el mecanismo es muy similar: en ambos casos es la “Werwerfung” de la castración que reaparece en lo real de un modo imaginario y delirante. Es interesante que la desaparición del fenómeno delirante es seguida de sueños de castración con imágenes muy similares (el astronauta inflado).

Caso 3.

En esta última observación se asiste a lo que podría llamarse el desmoronamiento del verbo o la catástrofe del verbo encarnado (30) en oposición al desmoronamiento del cuerpo biológico que enfrentamos a menudo en la enfermedad psicósomática.

Es un paciente esquizofrénico de 22 años que dice al entrar en la sesión: “Esta mañana al cruzar la calle, dije: “Mira esa fruta, ahí estaba la barriga, no sabía dónde poner la boca y las piernas, adentro, afuera, qué frío afuera...”. Y luego: “Pa y ma, ma-pa al revés, mapa verde, verde mapa, es la geografía metría, maestría, geografía, magráfica... soy gráfica, soy no, cubo, culo, no esto no, soy grande y chico, chico y grande, chicoria, granduria.”

Podemos analizar en este fragmento cómo están alteradas las categorías de la lengua y del estilo: se observan paronomasias sobre todo fónicas, neologismos, sustantivación, **telescopage**, etc., las palabras o sus fragmentos se encadenan los unos a los otros, por su afinidad fónica sobre todo.

Desde otro vértice se puede enfocar la relación signo-cuerpo.

El cuerpo en juego es también un cuerpo erótico, pero con un doble carácter. No es un cuerpo unificado en el sentido que se manifiesta en forma de objetos parciales, como cuerpo fragmentado, y por otro lado su representación está en el primer nivel del funcionamiento del signo, es decir, en la ecuación simbólica kleiniana. En el lenguaje esquizofrénico (la llamada esquizofasia) se observa cómo los signos no se distancian del cuerpo: no hay distancia entre ambos, fragmentos del cuerpo, objetos parciales del mismo son arrastrados por el signo. A los signos amputados, fragmentados, te-lescopados y aglutinándose en busca de nuevas conexiones, corresponden objetos parciales en busca de uniones, formando cuerpos monstruosos (ma-pa, pa-ma), que no se estabilizan ni se fijan. Hay una dislocación del estatuto simbólico del signo con su referente y un caos del sistema. Cómo no ver aquí la acción de la pulsión de muerte en su función separadora, que disuelve las uniones, las conexiones, las amarras. Pero también las fuerzas de reconstrucción, las pulsiones libidinales, que buscan nuevas síntesis, una nueva geografía del cuerpo, una aspiración a una unidad imposible...

BIBLIOGRAFÍA

1. ABRAHAM, K.: Etude psychanalytique de la formation du caractère. Oeuvres complètes, II. Paris. Payot. 1966.
2. ANZIEU, D.: Pour une psycholinguistique psychanalytique: bref bilan et questions préliminaires. P. 1. Psychanalyse et langage. Du corps á la parole. Dunod, 1977.
3. BERENSTEIN, J.: La estructura semiótica del sujeto y del objeto. Imago 3: 125, 1975.
4. BION, W.: Elementos de psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 1966.
5. BION, W.: Aprendiendo de la experiencia. Buenos Aires. Paidós. 1975.
6. CHARCOT, J.M.: Oeuvres Vol. I, Paris, Delahaye-Lecrosnier, 1886.
7. CHIOZZA, L.A.: La capacidad simbólica de la estructura y el funcionamiento corporales. Eidon 8: 45, 1981.
8. DUCROT, O. y TODOROV. T.: Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje. Siglo Veintiuno Argentina Edit.,
9. ELKISCH, P.: The psychological significance of the mirror. J. Amer. Psychoanal Ass., 5, 1957.
10. FAIN, M.: Prélude á la vie phantasmatique. Revue Française de Psychanalyse, 2 y 3, 1971.
11. FERENCZI. S.: Ontogenèse des symboles, en Oeuvres Complètes, I. Paris, Payot, 1968.
12. FREUD, S.: Some points for a comparative study of organic and hysterical motor paralyzes. S.E. Vol. I, 1966
13. FREUD, S.: La afasia. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1974.
14. FREUD. S.: Estudios sobre la histeria. Buenos Aires, Amorrortu Edit. Vol. II, 1980.
15. FREUD. S.: La interpretación de los sueños. Vol. IV, Buenos Aires, Amorrortu Edit., 1979.
16. FREUD, S.: Tres ensayos de teoría sexual. Vol. VII, Buenos Aires. Amorrortu Edit., 1978.
17. FREUD, S.: Introducción al narcisismo. Vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Edit., 1979.
18. FREUD, S.: Conferencias de introducción al psicoanálisis (1915 - 1916). Vol. XV, Buenos Aires, Amorrortu Edit., 1978.
19. FREUD. S.: Lo ominoso. Vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Edit., 1979.

20. FREUD, S.: Más allá del principio del placer. Vol. XVIII. Buenos Aires, Amorrortu Edit. 1979.
21. FREUD, S.: El Yo y el Ello. Vol. XIX, Buenos Aires. Amorrortu Edit., 1979.
22. FREUD, S.: El Esquema. Vol. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu Edit., 1980.
23. GEAR, M.C. y LIENDO, E.C.: Semiología psicoanalítica. Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
24. GORI, R.: Le corps et le signe dans l'acte de parole. Paris, Dunod, 1975.
25. GREEN, A.: Un, Autre, Neutre. Valeurs narcissiques du même. Nouv. Rev. Fr. de Psych. 13: 37, 1976.
26. HEAD, H.: Studies in Neurology. London, Oxford Univ. Press, 1920.
27. JONES, E.: The theory of symbolism. Papers on psychoanalysis. London, Balliere and Tindall, 1968.
28. KLEIN, M.: Estadios tempranos del conflicto edípico (1928). En: Contribuciones al Psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1964.
29. KLEIN, M.: La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En: Contribuciones al Psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1964.
30. KRISTEVA, J. y col. Folie vérité. Seuil, 1979.
31. LACAN, J.: Escritos I y II. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit., 1972.
32. LACAN, J.: La agresividad en psicoanálisis, p. 65, Escritos, T. II, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit.
33. LACAN, J.: El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. P. 18, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit., 1972.
34. LACAN, J.: Algunas reflexiones sobre el yo. Revista Uruguay de Psicoanálisis, Tomo XIV, 2.
35. LACAN, J.: Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: Escritos I. p. 59, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit., 1972.
36. LAPLANCHE, J.: La angustia en la neurosis, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1979.
37. LIBERMAN, D. y MALDAVSKY, D.: Psicoanálisis y semiótica. Buenos Aires, Paidós, 1974.
38. LICHTENSTEIN, H.: The role of Narcissism in the Emergence and Maintenance of a primary identity. J. Psycho-Anal., XLV, 49, 1964.
39. MALDAVSKY, D.: Apertura sobre teorías psicoanalíticas y semiótica. Imago 3: 6, 1975.

40. MARTY, P.; M'UZAN, M. de y DAVID, C.: L'investigation psychosomatique. Paris, P.U.F., 1963.
41. McDOUGALL, J.: Plaidoyer pour une certaine anormalité. Paris, Gallimard, 1978.
42. PEIRCE, Ch. S.: Collected Papers, Vol. II, Cambridge, 1932.
43. PICK, A.: Störung der Orientierung am eigenen Körper, Psychol. Forsch. 1: 313, 1922.
44. PREYER: Citado por Wallon.
45. ROHEIM, G.: Spiegelzauber. Leipzig y Vienne. Int. Psuchianal. Vlg., 1919.
46. SAUSSURE, F. de: Curso de lingüística general. Buenos Aires, Losada, 1945.
47. SCHILDER, P.: L'image du corps. París, Gallimard, 1968.
48. SEGAL, H.: Notes sur la formation du symbole. Revue Française de Psychanalyse, 34: 685, 1970.
49. SIFNEOS, P.: The prevalence of alexithyme characteristics in psychosomatic patients. Psychother. Psychosom, T. 22, 1973.
50. VALABREGA, J.P.: Médecine psychosomatique. Encyclopédie Médico-Chirurgi-calle. Psychiatrie, 37.400- C. 10.
51. WALLON, H.: Los orígenes del carácter en el niño. Buenos Aires, Lautaro, 1964.
52. WERNICKE, C.: Grundriss der Psychia-trie, 2 ed. Leipzig, 1906.
53. WINNICOTT, D.W.: Papel del espejo, de la madre y la familia en el desarrollo del niño. En: Realidad y Juego. Granica Edit., 1972.
54. WITTGENSTEIN, J.: Estética, psicoanálisis y religión, Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1966.